

CRÓNICA ARQUEOLÓGICA DE LA ESPAÑA MUSULMANA

XVI

NOTAS SOBRE SEVILLA EN LA ÉPOCA MUSULMANA

Se han publicado estudios sobre algunas ciudades hispano-musulmanas, intentando evocar su aspecto y dar idea de su vida urbana en la época islámica, con el auxilio de los restos subsistentes y de referencias históricas y literarias. Ninguno conozco sobre Sevilla, a pesar de haber sido, a partir de la caída del califato cordobés y hasta su conquista en 1248 por Fernando III, la ciudad más importante de la Península, capital, desde un siglo antes, de los dominios del gran imperio almohade a este lado del Estrecho.

¹ Nos ha proporcionado los datos sobre la cerámica don Jesús Bermúdez, Director del Museo de la Alhambra.

No son muchos los restos conservados en Sevilla de esa época, a causa de la extraordinaria prosperidad y consiguiente desarrollo que alcanzó en otras más recientes; pero, unidos a los datos proporcionados por un documento tan curioso para conocer la vida íntima sevillana de hacia 1100 como es el tratado de *ḥisba* de Ibn Abdūn ¹, a los que se encuentran en las crónicas de Ibn Šāḥib al-ṣalā y de al-Marrākušī ² para el posterior período almohade, y a algunos textos poéticos sugestivamente comentados por García Gómez, permiten evocar el cuadro de la Sevilla islámica algunos años antes de pasar al dominio cristiano: sus fértiles alrededores, poblados de jardines y arboledas; el perímetro de la cerca, con sus múltiples puertas; la mezquita mayor, consagrada por los almohades con intento de emular a la de Córdoba; la que lo fué hasta la construcción de ésta y las más modestas de barrio; las calles, zocos y plazas; los alcázares, baños y alhóndigas; la alcaicería; las casas y los cementerios. Y en un ambiente urbano de estrechas callejuelas enladrilladas y misteriosos y herméticos jardines, por encima de cuyas altas tapias sobresalían las ramas de palmeras y naranjos seculares, de muros blanqueados, entre los cuales brillaba al sol alguna decoración cerámica, una muchedumbre abigarrada, de gentes pródigas en el consumo de vino, a pesar de la prohibición coránica, y aficionadas a tañer toda clase de instrumentos músicos, cosas ambas tan condenadas por el austero fundador de la dinastía almohade. En suma, según los poetas andaluces de los siglos XII y XIII, una vida fácil, de placeres y continuas fiestas y jolgorios, en un espléndido escenario. La «Andalucía eterna» triunfaba de los rigorismos surgidos en las yermas montañas del Atlas. Algunos siglos más tarde,

¹ *Un document sur la vie urbaine et les corps de métiers à Séville au début du XII^e siècle: Le Traité d'Ibn 'Abdūn*, por E. Lévi-Provençal (*Journal Asiatique* 1934, pp. 177-299); *Il trattato censorio di Ibn 'Abdūn sul buon governo di Siviglia*, por Francesco Gabrieli (Reale Accademia Nazionale dei Lincei. Estratto dai *Rendiconti della Classe di Scienze morali, storiche e filologiche*, Ser. VI, vol. XI, fasc. 11-12, pp. 878-935).

² La Crónica de Ibn Šāḥib al-ṣalā está inédita, pero ha sido aprovechada por diferentes autores. *Histoire des Almohades d'Abd el-Wāḥ'id Merrāḳechi*, trad. de E. Fagnan (Alger 1893).

Santa Teresa notaba, con algún sobresalto, que su recio espíritu castellano, forjado también entre peñas desnudas, se sentía invadido por una cierta laxitud en el ambiente muelle de la gran ciudad andaluza.

En las notas que empiezo a publicar a continuación intento acumular materiales para que, fácilmente, algún día pueda hacerse la evocación de la Sevilla musulmana. Son notas escuetas que habrá de envolver quien pueda y sepa con ropaje pomposo y brillante para que armonicen con la ciudad y el momento histórico.

Los baños.

Abundan en nuestras ciudades meridionales y levantinas los restos de baños musulmanes, conservados gracias a la solidez de su construcción. En Sevilla, excepcionalmente, apenas si queda vestigio alguno de los muchos que debió de haber, varios de los cuales, como se dirá más adelante, continuaron en uso hasta bien entrado el siglo XVII.

Testimonios históricos dicen cómo algún baño sevillano no siempre se utilizó exclusivamente para su pacífico destino. De una escena trágica de doblez y venganza, fué teatro uno, probablemente situado en el Alcázar, en el siglo XI. El soberano al-Muṭaḍid, reconciliado aparentemente con sus enemigos los jefes beréberes de los distritos de Ronda, Morón, Arcos y Jerez, les invitó a un festín, y, recibidos magníficamente a su llegada a Sevilla, entraron primero en un baño, según lo acostumbrado. Una vez dentro del edificio los jefes y principales personajes de su séquito — unos sesenta beréberes —, al-Muṭaḍid mandó macizar las puertas, muriendo todos asfixiados¹. No fué ésta la única ocasión en que un edificio de esa clase sirvió a un príncipe para desprenderse de sus enemigos o satisfacer sus criminales instintos.

¹ Ibn 'Idārī, *al-Bayān al-mugrib*, III, p. 271. El hecho ha sido referido por R. Dozy en su *Histoire des musulmans d'Espagne*, edic. Lévi-Provençal, III (Leiden 1932), pp. 57-58.

Recuerdos más apacibles van unidos a otro baño sevillano que, como el anterior, no es posible localizar. Habiéndose encontrado en el siglo XI, al parecer, en las ruinas de Itálica, una estatua de mármol, fué llevada a uno de los baños de Sevilla llamado *ḥammām al-Šāṭṭāra*. Representaba a una mujer de tamaño natural, de extraordinaria belleza y rostro encantador. Sobre sus rodillas descansaba un niño, al que apretaba contra su pecho, y a sus pies una serpiente, amenazadora, se erguía como si quisiera morder a aquél. La mujer parecía mirar al niño y a la serpiente, con expresión, a la vez, de ternura y pavor. Para los sevillanos, tan amantes siempre de la belleza plástica, esta estatua, reflejo del antiguo arte clásico, debió de ser como la revelación de un mundo ignorado. Cuenta un escritor musulmán que las gentes del pueblo, fascinadas, abandonaban sus ocupaciones habituales, con mengua de sus negocios, para pasar el tiempo contemplándola. Algunos poetas le dedicaron sus versos.

Los de Abū Tammām Gālib b. Rabāḥ al-Haṡyām, del siglo XI, decían:

Es una estatua de mármol cuya vanidad reside en un cuello de un admirable tono rosa y blanco.

Tiene un hijo, sin haber conocido esposo ni sufrido de los dolores del parto.

No ignoramos que es de piedra, pero nos enloquece con sus lánguidas miradas ¹.

Hasta que el 15 de ṡumādā segundo del año 567 = 12 de

¹ Maqqarī, *Analectes*, I, pp. 99 y 350, y I, pp. 60 y 367-368 de la adaptación de Gayangos; *La Péninsule ibérique au Moyen Age d'après le Kitāb ar-Rawḍ al-Mi'ṡār*, por E. Lévi-Provençal (Leiden 1938), p. 123 del texto árabe y 149-150 de la trad. Los versos figuran en la *Dajira* de Ibn Bassām, ms de Gotha, III, fº 225 v. Fueron publicados en alemán por Adolfo Federico Schack, y de esta versión, libremente, al español, por don Juan Valera en la traducción que éste hizo de la obra del primero, *Poesía y arte de los árabes en España y Sicilia*, tercera edición, I (Sevilla 1881), p. 278. En francés han sido publicados recientemente por Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle* (Paris 1937), p. 333.

febrero de 1172, el sultán Abū Ya'qūb Yūsuf inauguró solemnemente la conducción de agua a Sevilla desde Alcalá de Guadaira, restableciendo la antigua romana, los baños musulmanes se proveerían de agua de pozos o del río, elevada, según costumbre, por medio de norias o azacayas. Un recuerdo de este procedimiento se encuentra en un documento fechado el 7 de enero de la era 1325 = año 1287, en el que se menciona la «açacaya» de la Iglesia catedral, próxima a los baños de Garcí Jofre ¹. Además de éstos — citados también algo antes, en 1281 ² —, que estaban en el barrio de Castellanos e inmediatos a la Catedral, en documentos de 1272 y 1276 hay referencia de los baños de don Diego de Corral, también en la colación de Santa María ³, en la que en 1418 había una calle llamada del Baño de San Francisco ⁴. En el mismo barrio, en la «cal de Francos», estaban unos baños junto a los cuales se erguía una torre morisca y una *zāwiya* ⁵. En la colación de San Salvador existían otros en 1274 ⁶.

A la reina doña Juana, viuda de Fernando III, se le dieron, según el «Repartimiento», unos baños conocidos por de San Ildefonso, a causa de su proximidad a esta iglesia. Estaban en unas edificaciones anejas al templo, que dan vuelta hasta la calle de Caraballo, llamada en nuestros días del Deán López Cepero. En el siglo XV pertenecían al Cabildo eclesiástico, el cual atendía a su reparación constantemente; un moro estaba encargado de adobar los caños en 1498; el Cabildo los tenía arrendados por entonces a una mujer llamada Mayor Rodríguez ⁷.

En privilegio rodado de Alfonso X en Valladolid, año 1278,

¹ Carta del rey don Sancho a la catedral de Sevilla, Archivo de ésta, leg. 31 (Antonio Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII* [Madrid 1913], apénd. F, pp. CCXCI, CCXLV doc. n.º 226).

² Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, doc. n.º 226, p. CCXLV.

³ *Ibidem*, docs. n.ºs 167 y 199, pp. CLXXVI y CCXII.

⁴ *Ibidem*, apénd. N, p. CCCXXV.

⁵ *Ibidem*, pp. 187-188.

⁶ *Ibidem*, docs. n.ºs 182 y 183, pp. CXCIV y CXCV; *Anales eclesiásticos y seculares de la muy noble y muy leal ciudad de Sevilla*, por don Diego Ortiz de Zúñiga, I (Sevilla 1795), p. 352.

⁷ *Sevilla monumental y artística*, por don José Gestoso y Pérez, III (Sevilla 1892), p. 474.

dió a la Iglesia de Sevilla y a su Arzobispo y Cabildo, entre otros bienes, el baño del infante don Fadrique, en Sevilla, «que se tiene con la Huerta del Hospital del Rey don Fernando mío padre.» Probablemente se refiere al hospital de San Clemente, extinguido en 1579. Según el documento, junto al baño había tiendas, carnicería, zapatería, tahona y huerta, inmediatas a las casas de don Fadrique ¹.

En los últimos años del siglo XIII existía un establecimiento de esa clase en la Judería, cerca de la calle Pedregosa o Predregosa, que se cree era la actual de las Cruces ², y otro en la Colación de Santa Catalina ³. A principios del siglo XV se cita un baño y corral llamado de San Pablo ⁴, que dió nombre a una calle conocida en el XVI por de los Baños de San Pablo, inmediata a la de Juan de Burgos. De los Baños de San Juan de la Palma se llamaba por el mismo tiempo otra, próxima sin duda a la iglesia de ese nombre ⁵.

Los llamados «baños de la reina mora», en la colación de San Vicente, en la calle que en el siglo XVI se conocía por ese nombre, esquina a la de Jesús, los dió Fernando III en el «Repartimiento» de Sevilla, junto con unas casas principales, a la Iglesia Mayor. En 1542 fueron enajenados por el Cabildo Catedral, y nueve años después se instaló en ellos el Convento del Dulce Nombre de Jesús, de monjas agustinas. A fines del siglo XVI quedaban algunos vestigios de ellos y de aljibes y una alcoba «de galana obra mosaica», utilizada como graciosa iglesia ⁶. Hoy, en el solar que ocuparon, se levanta la Comandancia General de Ingenieros Militares y la capilla y residencia de frailes dominicos.

¹ Ortiz de Zúñiga, *Anales*, I, pp. 296, 352 y 353. Alonso de Morgado, en su *Historia de Sevilla* (Sevilla 1887, p. 357), habla de un hospital real, fundado por Alfonso X o tal vez por Fernando III, entre la Iglesia Mayor y el Real Alcázar.

² Doc. de la era 1331 = año 1283. Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, pp. 221, 222 n. (1) y CCCXXXI.

³ Doc. de la era 1331 = año 1283. *Ibidem*, apénd. B, p. CCLXXXVIII.

⁴ Doc. del año 1406. *Ibidem*, apénd. B, p. CCLXXVII.

⁵ Santiago Montoto, *Sevilla en el Imperio* (Sevilla 1938), p. 28.

⁶ Montoto, *Sevilla en el Imperio*, p. 28; Morgado, *Historia de Sevilla*, p. 465. La primera edición de esta obra es de 1587.

Don José Gestoso creyó ver vestigios de un baño musulmán en la casa nº 15 de la calle de don Remondo, llamada antes de Abades baja, cerca del palacio arzobispal. Había en ella un gran pozo y restos «de fábrica al estilo mauritano, si bien modificada en los siglos XVI y XVII por alarifes mudéjares o cristianos que siguieron la tradición musulmana.» Se conserva, o conservaba — ignoro si habrá desaparecido en el transcurso de los cuarenta y cinco años pasados desde la publicación de la obra del erudito sevillano — una habitación cuadrada, de 6,70 metros de lado, dividida en tres naves por arcos de medio punto, apeados sobre columnas dóricas de mármol, «de forma vulgar»; el ancho de la central era de 3,40 y de 2,70 el de las laterales. Estas se cubrían con un sistema de bóvedas «cortadas por arista y la del centro contiene en éste un cupulino octogonal apoyado en pechinas de arista viva». En el pavimento vió Gestoso el sitio que ocupaba una alberca, señalado por alizares vidriados¹.

En el siglo XV existía en los alrededores de Sevilla, cerca del río, una huerta y casa llamada «de los bañuelos». Una riada del Guadalquivir derrocó en 1463 la mayor parte de las tejas de la última².

Los documentos medievales guardan, pues, memoria de baños esparcidos por casi todas las antiguas parroquias de Sevilla, próximas siempre a las mezquitas a las que aquéllas sucedieron.

El tratado de *ḥisba*, de Ibn Abdūn, redactado hacia 1100, aludiendo a los baños sevillanos, habla de los bañadores o lavadores de baño y masajistas que en ellos había. Recomendaba que las pilas estuvieran tapadas para que no se ensuciase el agua; el bañador, el masajista y el barbero no debían permanecer en el baño sin bragas y calzones. Estaba mal visto que los musulmanes sirvieran de masajistas a judíos y cristianos y limpiaran sus letrinas, pues tales menesteres eran propios de gentes bajas y los musulmanes celosos procuraban que los realizasen los de esas dos religiones. El encargado o arrendador del baño — parece que éstos eran propiedad del soberano — no debía sentarse a

¹ Gestoso, *Sevilla monumental y artística*, I, p. 33.

² *Ibidem*, p. 677.

charlar con las mujeres que a él acudían, pues tales conversaciones eran causa frecuente de licencia y fornicación¹.

No solamente, pues, en la Sevilla almorávide de hacia 1100 acudían a los baños los musulmanes; también los frecuentaban judíos y cristianos. Algo más tarde, bajo el dominio almohade, expulsados esos infieles, servirían para el uso exclusivo de los musulmes.

La costumbre de ir al baño público no fué en la Edad Media, como se cree vulgarmente, exclusiva de los musulmanes. Respecto a Sevilla lo prueba el que los baños públicos siguieron en uso después de la conquista de la ciudad y del «Repartimiento» de sus casas, por el que fueron éstas repobladas con cristianos. También participaban de ella los extranjeros. Durante el asedio, Fernando III, *apud Sibillam*, concedió el 12 de marzo de la era 1280 = año 1242, a los genoveses *quod habeant barrium, alfondigam, furnum et balneum in ciuitati byspalensi, et quod edificent ea expensis suis*². El barrio de Génova estuvo cerca de la plaza de San Francisco.

Las *Ordenanças de Sevilla*, editadas en 1527, recopilación de las medievales, se refieren repetidamente a los baños, diciendo que no se debe hacer puerta de casa frontera a los baños «ca es gran descubricion» (f^o CXLV). Mencionan a los baños al ocuparse de las particiones de frogas entre herederos y de los «empeñamientos» de aquéllos. El capítulo XVIII (f^o CXLIII) se titula «que dize de los baños» y en él se expone que todos los que hay en las villas y ciudades deben ser del rey, «sino los que el diere a algún ome: e los que el rey mandare fazer a alguno por le fazer merced». El baño «no lo faze sino ome poderoso». El que haga baño débelo labrar de guisa que no haga daño a sus vecinos, lo mismo el caño, su humero y la ceniza, excepto cuando los vecinos hagan las casas después del baño.

Siguieron, pues, en uso los baños en la Sevilla reconquista-

¹ Lévi-Provençal, *Le Traité d'Ibn Abdūn*, pp. 264-280; Gabrielli, *Il trattato censorio de Ibn Abdūn*, pp. 922-923.

² Ramón Carande, *Sevilla, fortaleza y mercado* (*Anuario de Historia del Derecho Español*, II, Madrid 1925, p. 288).

da, siendo buena fuente de ingresos para sus propietarios. En Toledo y en otras villas castellanas y levantinas los cristianos acudían en la Edad Media a los baños, lo mismo que los judíos y los musulmanes, y en la gran ciudad andaluza, nuevamente poblada, muchos de los baños existentes en la época islámica siguieron abiertos en los antiguos edificios, y con idénticos o parecidos hábitos en su utilización. Pero la higiénica costumbre parece que se fué perdiendo en el reinado de la Casa de Austria, y en la segunda mitad del siglo XVI tan sólo subsistían, en la espléndida Sevilla de entonces, colmada de toda clase de riquezas, incomparable puerta del oro de las Indias, las dos viejas casas de baños de San Ildefonso y de San Juan de la Palma, que Alonso Morgado dice permanecían abiertas desde el tiempo de los moros, afirmando que en su tiempo — escribía en 1568 — usaban mucho los baños en Sevilla. Las mujeres los frecuentaban de día, y de noche los hombres, siguiendo en esto una tradición que se remonta hasta la época romana. Había en esos edificios grandes salas, con caños de agua caliente y de agua fría. A los clientes — supervivencia también del período islámico — les daban un ungüento que refrescaba y limpiaba a la vez el cuerpo. Por ser costumbre de tiempo inmemorial — dice Morgado — acudían las damas al baño sin que causara extrañeza ¹. «Mujer conozco yo en Sevilla, que todos los sábados por la mañana ha ir al baño, aunque se hunda de agua el cielo», escribía Agustín de Rojas en su *Viaje entretenido*, compuesto de 1602 a 1603 ².

A fines del siglo XVII aún subsistían en uso los dos baños sevillanos de las parroquias de San Juan de la Palma y de San Ildefonso, según refiere en sus *Anales*, editados por primera vez en Madrid, en 1677, don Diego Ortiz de Zúñiga (1633-1680), conservados — escribe — «en la misma forma y uso que en el [tiempo] de los moros». Los de San Ildefonso se derribaron en 1762, y a fines del siglo XVIII, cuando se publicó la segunda

¹ Morgado, *Historia de Sevilla*, pp. 142-143.

² Cita de Angel Valbuena Prat, *La vida española en la edad de oro* (Barcelona 1943).

edición de esa obra, tan sólo se conservaba la memoria del lugar donde estuvieron ¹.

Parece que el hábito de bañarse persistió en Sevilla más que en otras ciudades de la Península, pues a fines del siglo XVII se había olvidado casi por completo en España. Un crítico de las costumbres de la Corte en los días de Felipe IV y Carlos II, probablemente algún ser extravagante e inadaptado, pedía el establecimiento de baños y estufas para «limpieza y holganza» de las gentes, y que fueran «los más nobles los primeros en hacerlo, para que los demás sigan el ejemplo» ². ¿Qué había pasado en el espacio de dos siglos, desde la España de los Reyes Católicos a la de los últimos monarcas de la dinastía austríaca, para que tan plenamente triunfara el horror al agua y al aseo del cuerpo, aun entre las gentes de mayor categoría social? No es de este lugar, ni fácil, tampoco, contestar a esa curiosa pregunta. El hecho no es exclusivo de nuestra Patria, pues de los 26 baños calientes que había en París en 1292 no quedaban en el glorioso reinado de Luis XIV — el rey Sol — más que dos ³.

En el año 1831, según noticia de una obra monumental del tan tópicamente hoy despreciado siglo XIX, imprescindible para conocer nuestra Patria — el *Diccionario geográfico* de don Pascual Madoz —, don Juan García Verdugo fundó, después del prolongado eclipse de limpieza, el primer establecimiento de baños en Sevilla, para lo cual «encontró y tuvo que luchar con obstáculos insuperables para otra persona que no reuniera el carácter emprendedor y activo de dicho señor» ⁴.

¹ Ortiz de Zúñiga, *Anales*, I, p. 162.

² Manuscrito de la Biblioteca Nacional, citado en la obra *España en tiempos de Carlos II*, por Julián Juderías (Madrid 1912).

³ *Manuel d'Archéologie française*, Première partie, Architecture, por Camille Enlart, *Architecture civile et militaire* (Paris 1904), p. 87.

⁴ Pascual Madoz, *Diccionario geográfico, estadístico, histórico de España*, XIV, p. 387.

Las casas.

No se han reconocido restos de casas musulmanas en Sevilla, y las referencias que existen acerca de ellas son escasísimas y muy concisas.

Por el tratado de Ibn ʿAbdūn sabemos — lo que ocurriría en las restantes ciudades islámicas españolas — que los muros de tapial, las vigas maestras y las alfarjías empleadas en la construcción tenían dimensiones fijas. Tejas y ladrillos se fabricaban según moldes cuyos tipos estaban colgados en la mezquita mayor, para su comprobación. Había, hacia 1100, bastantes obreros en Sevilla ocupados en preparar y vender cal, así como alfareros, vidrieros y otros que trabajaban el hierro y el cobre ¹.

El escritor cordobés al-Šaḡundī (m. 629 = 1231-2) deja entrever algo del secreto de las casas sevillanas en la época almohade, lo suficiente tan sólo para avivar más nuestra curiosidad. Pondera el ornato, tanto del recinto de Sevilla como de los alrededores, la magnificencia de los edificios, su perfección y el celo con que cuidaban las casas por dentro y por fuera sus propietarios, comparando las viviendas del Aljarafe, por lo encaladas, a blancas estrellas en un cielo de olivos. Seguramente así estarían también las de la capital. Y el esmero, la limpieza, el gracioso orden con el que aún hoy vemos dispuesto el humilde ajuar de las casas populares de parte de Andalucía, son las mismas características ponderadas por al-Šaḡundī hace algo más de siete siglos.

El mismo autor dice que en la mayoría de las casas de Sevilla no faltaba agua corriente, ni árboles frondosos, tales como el naranjo, el limero, el limonero, el cidro y otros ². Según Maḡqarī, casi todas tenían fuentes en sus patios, naranjos y limoneros ³.

En documentos poco posteriores a la reconquista, se hace

¹ Lévi-Provençal, *Le Traité d'Ibn ʿAbdūn*, p. 190.

² Al-Šaḡundī, *Elogio del Islam español*, trad. esp. por Emilio García Gómez (Madrid 1934), pp. 95, 97, 99.

³ Maḡqarī, II, p. 144.

referencia a casas, que serían seguramente las musulmanas desalojadas por sus anteriores vecinos, con bodegas, establos, cocinas y huerta. Algunas tenían noria, y otras, algorfa, es decir, sobrado o cámara alta, utilizada probablemente para conservar los productos agrícolas ¹.

En el año 1526 visitó Sevilla el embajador Andrés Navajero. Conservábase aún en gran parte el caserío de la época musulmana. Pondera aquél el ancho y hermosura de las calles, pero de las casas dice no ser muy buenas, señalando que dentro de sus muros había muchos jardines y solares, estos últimos por ser corto su vecindario, sin duda a causa de la emigración a las Indias ².

Fué en la segunda mitad del siglo XVI cuando empezó a renovarse el caserío sevillano, según refiere Morgado, pues «en tiempos passados todo el edificar era dentro del cuerpo de las casas, sin curar de lo exterior, según que hallaron a Sevilla de tiempo de moros. Mas ya en éste hazen entretenimiento de autoidad, tanto ventanaje con rejas, y gelosías de mil maneras, que salen a la calle, por las infinitas Damas nobles y castas, que las honran y autorizan con su graciosa presencia».

El mismo autor describe los jardines y patios de las casas, aún, seguramente, de tradición musulmana, «admirables reparos para contra los calores», «con sus Encañados revestidos de mil juguetes, de Jazmines, Rosales, Cidros y Naranjos de industria aparrados, que como los Mirtos forman también grandes tablas,

¹ Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, p. 5, doc. n.º 3 de 1251, en el que Fernando III hace donación de casas en la plaza de Santa María, con bodega, cocina, establo y huerto dentro de las casas. En un documento dos años posterior, se describen esas mismas casas: «las casas de la huerta, con so establia, et con so Almazén que es hy dentro, et con su huerta, et con su annora, et con su corraleio que está de la otra parte...» (doc. n.º 38, p. xli). Otras casas, en la colación de San Isidro, tenían bodega, cocina y establo (p. 5, doc. n.º 4); en la colación de Santiago había una en 1255 «con su cozina et con su establia» (p. xlii, doc. 38). En el mismo año se cita una casa tienda con su algorfa «assí como la ouo en tiempo de moros» (p. lxxvi, doc. n.º 73). Otra, citada en 1251, tenía también algorfa (p. vii, doc. n.º 6).

² *Viajes por España...* anotados y con una introducción por don Antonio María Fabié (Madrid 1879), pp. 265 y 273.

y mesas muy llanas, con todas las variedades de rosas y flores, que se dan en Sevilla todo el discurso del año... Los Patios de las casas (que en casi todas los ay) tienen los suelos de ladrillos raspados. Y entre la gente más curiosa, de azulejos, con sus Pilares de mármol. Ponen gran cuydado en lavarlos, y tenerlos siempre muy limpios, que con esto y con las velas, que les ponen por lo alto, no ay entrarles el sol, ni el calor en verano, mayormente por el regalo, y frescor de las muchas Fuentes de pie de agua de los Caños de Carmona, que ay por muchas de las casas en el medio de sus Patios. Las quales por todo el tiempo del año (trasvertiendo sus aguas de vnas en otras Pilas de Mármol y Jaspe) lo refrescan todo con gran contento, assí de la vista, como del oydo. Y en las casas, que falta este possible, de poder tener Jardines, y Fuentes, se suple con el agua fresca de Pozos, que casi todas las Casas los tienen, y pintando muchas Macetas de mil diferencias de yervas odoríferas, y variedades de flores forman vn florido prado en Primavera, que reverdece, y refresca las casas» ¹.

Los alcázares de la Buhayra.

En un librito de pocas páginas, consultado muy frecuentemente por los estudiosos del arte hispanomusulmán, publicó hace unos años el P. Antuña el texto árabe y la traducción de un fragmento de la crónica inédita de Ibn Šāḥib al-šalā referente a las construcciones levantadas en Sevilla por iniciativa de los califas almohades ².

Entre sus muchas y curiosas noticias figura la de que Abū Yaʿqūb Yūsuf, al llegar a Sevilla en el mes de šafar del año 567 = 1171, mandó construir unos magníficos alcázares llamados de la *Buhayra*, en las afueras de *Bāb ʿĀbwar* o Puerta ʿĀhwar de esa ciudad, en el lugar conocido antiguamente — escribe el cronista musulmán — con el nombre de «Bocado de Faraón». Había allí huertas y un prado que recibía su nombre de Ibn

¹ Morgado, *Historia de Sevilla*, pp. 140-141 y 143-144.

² Melchor M. Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes* (Escorial 1930).

Maslama el cordobés, cuyos descendientes recibieron en cambio otros de igual valor. El califa hizo levantar en esos terrenos alcázares y casas que sobrepujaban a los edificios construídos por el almojarife Muḥammad Ibn al-Muʿallim sobre el río de Sevilla, fuera de la puerta del Alcohol (*Bāb al-kuhl*). En el mismo lugar que los alcázares de la *Buḥayra*, en una laguna casi totalmente desecada, *al-buḥayra al-kuḥrā*, un siglo antes, al-Muʿtamid mandó plantar huertos y jardines frondosos y un pabellón en su centro ¹.

Pondera repetidamente Ibn Ṣāḥib al-ṣalā la hermosura de los palacios mandados construir por el soberano almohade, diciendo que sobrepujaban a las construcciones de Jawarnaq y de Sadir, levantándose ante la puerta de Ŷahwar como la luna llena con todo su resplandor. Dirigió las obras de estos espléndidos alcázares, así como la de las altas murallas construídas con cal, piedra y arena, que cerraban el edificio por sus cuatro costados, el alarife, maestro de obras de al-Andalus, Aḥmad ibn Bāso. Ibn Ṣāḥib al-ṣalā sigue dando noticias detalladísimas de la formación de la finca regia y de las plantaciones hechas en ella. Queriendo ampliar los terrenos cultivados en torno a los edificios, ordenó Abū Yaʿqub Yūsuf al qāḍī Abū-l-Qāsim Aḥmad ibn Muḥammad al-Ḥawfī y al imām de su mezquita y notario Abū Bakr Muḥammad ibn Yaḥyā ibn al-Ḥaddāʾ, cuya piedad, fidelidad y conocimientos de geometría, agricultura y agrimensura conocía, que acotasen el terreno baldío, del dominio de la hacienda pública, y los jardines y lugares de rica vegetación, propiedad de vecinos de Sevilla, colindantes con los alcázares. A los últimos se les dieron otras tierras en sustitución de las expropiadas y, además, una buena indemnización de los fondos de la hacienda pública. A Muḥammad ibn Manzūr, dueño de cerca de 800 marjales de los añadidos a la Buḥayra, le dió el califa a cambio, después de la tasación hecha por los dos peritos citados, una tierra cubierta de vegetación, situada en el lugar llamado «isla de

¹ Henri Pérès, *La poésie andalouse en arabe classique au XI^e siècle* (Paris 1937), p. 140, según referencias de R. Dozy, *Scriptorum arabum loci de Abbadi-dis*, I (Leiden 1846), p. 97, nota 126; al-Faṭḥ ibn Jāqān, *Qalāʾid al-ʿiqyān* (Bū-lāq 1283), pp. 8-9 (reproducida en Maqqarī, *Analectes*, II, p. 624, y Dozy, *Abbadidis*, I, p. 43, trad. p. 97 y nota 126).

los leones», contigua a la de Qabṭil, a la orilla del río, por la parte del Aljarafe, comprada para ello a Ibrāhīm ibn Rawāḥa en 3.000 mizcales de oro.

Cuenta detalladamente Ibn Ṣāhib al-ṣalā cómo, fuera de la puerta de Carmona, inmediata a la de Ŷahwar, en la vega y junto a la calzada que conducía a esa ciudad, sobresalía del terreno un muro de piedra medio enterrado, de destino desconocido. El geómetra al-Ḥāyṡ Yaʿīš de Málaga cavó en su torno, encontrando que era resto de una vieja conducción de agua. Con ayuda de gran cantidad de obreros siguió sus huellas hasta llegar a una fuente llamada desde antiguo de al-Gubār, y pudo ver que su agua no procedía de un manantial, sino de una rotura en el canal del viejo acueducto. Cesó de correr el agua de la fuente cuando llegaron excavando hasta ella. Prosiguió la excavación hasta encontrar el canal del río en las proximidades del castillo de Ŷābir (Qalʿat Ŷābir), hoy Alcalá de Guadaira. Entonces, al-Ḥāyṡ Yaʿīš, niveló el terreno desde este lugar y condujo por él el agua para regar las grandes plantaciones de la Buḥayra. Algo más tarde, por orden del califa, se prolongó la conducción hasta los alcázares de Sevilla y el interior de la ciudad.

En los terrenos así adquiridos y provistos de agua se plantaron olivos, higueras, viñas y árboles frutales exóticos de las más variadas especies, que producían frutos de extraordinario dulzor. Diez mil vástagos de olivos de las mejores clases se sacaron por cuenta del erario público de los distritos del Aljarafe para la Buḥayra. Ordenó el sultán a los gobernadores de Granada y de Guadix que mandaran con el mismo fin diversas clases de la pera llamada *kummatrà*, de la ciruela conocida por el nombre de «ojos de buey», del peruco y de la manzana. Innumerables recuas de mulos, conducidos por los esclavos de Abū Yaʿqūb Yūsuf, transportaban a la Buḥayra estos árboles, a la par que piedra y ladrillo para levantar los edificios y sus cercas.

El encargado de abrir los hoyos para estas plantaciones, fué Abū Dāwūd Yalūl b. Ŷildāsan, almojarife de Sevilla y de sus distritos, tesorero del miramamolín, al que estaba encomendada la vigilancia y registro de los gastos de la construcción y de las plantaciones, teniendo que dar fe de ello diariamente.

Abū Yaʿqub Yūsuf salía de su alcázar de Sevilla, y acompañado de los primates almohades, trasladábase a caballo a la Buḥayra para inspeccionar las obras y plantaciones y esparcir el ánimo en tan delicioso lugar ¹.

El viernes 13 de ṣafar 580 = 25 de mayo de 1184, de paso en Sevilla el califa para la expedición de Santarén, en la que encontró la muerte, acampó o se aposentó en la Buḥayra, en las afueras de la puerta de Carmona (Sevilla), en el *maijšar* — «machar» o «macar», cortijo, en los documentos inmediatamente posteriores a la Reconquista — *Milayn* ².

Al llegar a Sevilla su hijo y sucesor Yaʿqūb al-Manṣūr, refiere un cronista que acampó frente a la Buḥayra de Bāb Ŷahwar; todas las gentes de la ciudad, desde los niños de pecho hasta los ancianos decrepitos, salieron a recibirle ³. Antes de marchar al Africa el mismo monarca, el primero de ramadān 587 = 22 septiembre 1191, convocó a los sevillanos para despedirse en la Buḥayra del río ⁴.

Hasta el año 592 = 1195-6, no se terminaron las plantaciones de la finca real, es decir, veinticinco después de iniciadas las obras ⁵.

El lunes 15 de dū-l-hiyyā del año 608 = 30 mayo 1212, al-Nāṣir, sucesor de Yaʿqūb al-Manṣūr, acampó en los castillos de la Buḥayra Bāb Ŷahwar; luego se instaló en la ciudad (sin duda, en el alcázar), en la que estuvo el resto de aquel año al regresar derrotado de las Navas de Tolosa ⁶.

¹ Antuña, *Sevilla y sus monumentos árabes*, pp. 86-95 y 97-99. Sigo casi literalmente la traducción del P. Antuña, ordenando el relato.

² Antuña, *Sevilla*, p. 115, y A. Huici, *El Anónimo de Madrid y Copenhague* (Valencia 1917), pp. 31-32. La referencia de esta última crónica procede de la de Ibn Ṣāḥib al-ṣalā. Hace notar el P. Antuña que el nombre de *machar Milayn* figura en un privilegio del Tumbo de Sevilla, por el cual otorga Alfonso X al concejo de la ciudad muchas alcarrias con sus viñas, tierras y términos. (*Memorial Histórico Español*, I, pp. 13-17).

³ Huici, *El Anónimo*, pp. 75-76. El traductor transcribe erróneamente *Bab-el-cubur*, que interpreta por puerta de las Perlas.

⁴ *Ibidem*, p. 71.

⁵ *Ibidem*, p. 83.

⁶ Huici, *El Anónimo*, pp. 118-119.

El P. Antuña localizó equivocadamente los palacios de la Buḥayra en el solar ocupado por el monasterio de San Clemente, confundido por la laguna — *buhayra* — que hubo hasta el siglo XVI en sus proximidades, donde está desde entonces la alameda de Hércules, y desconociendo el emplazamiento de Bāb Ŷahwar. Se abría esta puerta al sudeste de la cerca sevillana; fué ingreso, después de la Reconquista, de la judería, y a partir de la segunda mitad del siglo XVI, llamóse de la Carne, por entrar por ella la procedente del matadero inmediato, situado extra-muros.

En uno de los párrafos citados de una crónica musulmana se sitúa la Buḥayra en las afueras de la puerta de Carmona; pero, como ésta se hallaba inmediata a la de Ŷahwar, el dato sirve para concretar más el emplazamiento de los citados alcázares, fijado también por la proximidad de la conducción de agua llamada Caños de Carmona, por entrar en Sevilla por la puerta de este nombre, y que, como hemos visto, se restableció para el riego de las plantaciones de la Buḥayra. Finalmente, un documento de la era 1291 = año 1253, concreta la existencia en ese lugar de una de las varias lagunas que había por entonces en Sevilla, alimentada, probablemente, por las aguas del hoy oculto Tagarete y por las crecidas de este río y del Guadalquivir, que confluían al pie de la Torre del Oro. Es una donación real a don Rodrigo de Guzmán, abad de Santo Domingo de Silos, de un «Solar para Casas a la Puerta de Carmona et ha por linderos de la una parte la Carrera que ua por somo del Prado fasta la Mezquita que está en somo del Oteruelo et assí como atrauiessa por medio de la laguna et llega sobre la Fuessa de Audalla fi del Al-mocarre un Estadal, et sale derechamientre a la carrera de Carmona...» ¹.

En el emplazamiento de esta mezquita o morabito, cuyas ruinas todavía permanecían, edificó en 1482 el honrado caballero don Diego de Merlo, guarda mayor del rey y de la reina, asistente en la ciudad de Sevilla y su tierra y alcaide de sus alcázares, la Cruz del Campo, y en 1532, fray Sebastián de

¹ Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, pp. 140 y XVII.

Obregón, obispo de Marruecos, una pequeña ermita, titulada de Santa Cruz de Jerusalén ¹. En ese lugar se separaba la conducción de agua que iba a la Buḥayra de la que seguía a la ciudad ².

Al referido prado — conocido en la época musulmana, como se dijo, por el nombre de Ibn Maslama el cordobés, de cuya propiedad fué — se le llamaba en el siglo XVII de Santa Justa, y era objeto de gran veneración, por suponerse regado con sangre de innumerables mártires; «en parte baxo y lagunoso, tiene por desagüe el arroyo Tagarete, que cortando el camino de la calzada (de Carmona), lo iguala el puente que llaman de las Madexas, por la honrosa empresa de Sevilla, pintada en los caños de Carmona, a que está arrimada» ³.

En torno a los palacios de la Buḥayra se había formado en los últimos tiempos de la dominación musulmana un arrabal, que la *Primera Crónica General* nombra de Benialofar, al referir cómo fué quebrantado de noche, durante el asedio, por el infante don Enrique y los maestros de Calatrava y Alcántara con otros, haciendo en él gran daño, quemándole en parte y sacando mucho ganado, bestias y ropas, entre otras cosas ⁴. Es probable que en ese episodio guerrero o en otro análogo del asedio de dieciséis meses, terminado en 1248 con la conquista de la ciudad, fueran destruidos los ponderados alcázares de la Buḥayra, de los que no vuelve a haber referencia alguna, aunque sí de las plantaciones, de las que se ha conservado memoria hasta fecha no muy alejada de la actual.

Alfonso X, en un privilegio rodado concedido a Sevilla en 22 de marzo de 1254, llama a la Buḥayra «huerta dabenaho-

¹ Gestoso, *Sevilla monumental y artística*, III (Sevilla 1892), pp. 538, n. (1) y 539.

² Así lo dice don Antonio Pérez en su *Viaje de España*, IX, 2ª edic. (Madrid 1786), p. 207, refiriéndose a la Huerta del Rey que, como más adelante se dirá, es la antigua Buḥayra.

³ Ortiz de Zúñiga, *Anales eclesiásticos y seculares... de Sevilla*, I, p. 36. La primera edición es de 1677.

⁴ *Primera Crónica General*, I, texto, edic. Ramón Menéndez Pidal (Madrid 1906), cap. 1100, p. 758.

far»¹. El mismo rey la concedió al reyezuelo moro de Niebla, al conquistar esta ciudad, con el lugar conocido por el Algarbejo². Desde entonces llamóse Huerta del Rey, nombre mantenido hasta hace próximamente unos tres cuartos de siglo, en que desapareció al ensancharse Sevilla fuera de sus murallas. No cabe, pues, la menor duda sobre el emplazamiento de los palacios almohades y huerta de la Buñayra.

A la muerte del rey de Niebla, la Huerta del Rey volvió a poder del monarca castellano, hasta que don Juan II hizo merced de ella, en 1420, a su valido don Alvaro de Luna³, y, más tarde, al que también lo fué, don Rui López Dávalos. Confiscada luego por el mismo soberano, se la dió al caballero sevillano don Juan de Monsalve, que edificó en la huerta una casa fuerte, grande y hermosa, y el año 1493 la vendió a doña Catalina de Ribera, madre de don Fadrique, marqués de Tarifa.

El embajador veneciano Andrea Navajero, visitante de Sevilla en 1526, dice que la Huerta del Rey tenía «un hermoso palacio con un gran estanque, y tantos naranjos que de su fruto saca [su dueño] grandísima renta; en este jardín, y en otros de Sevilla, he visto naranjos tan altos como nuestros nogales»⁴.

Morgado, en 1586, se refiere a «la muy fértil y alegre huerta llamada del Rey»⁵; la citan otros escritores sevillanos

¹ «... de fazer venir el agua de los Caños a los nuestros palacios del Alcázar de Sevilla e a las nuestras cozinhas e a la huerta dabenahofar tanta quanta ouiere menester de las tapias adentro.» Ballesteros, *Sevilla en el siglo XIII*, p. cclxxxv.

² Así lo afirma Ortiz de Zúñiga en sus *Anales eclesiásticos y seculares de... Sevilla*, I, p. 222. La cesión, según este analista, fué en el año 1257. En otro lugar — p. 208 — reitera que la huerta de Ven Ahoar o de Ben Alhoar es la que después se llamó del Rey. De Benjofar se nombra en una confirmación hecha por el rey don Sancho, en 1284, de los privilegios de Sevilla, según referencia del mismo autor — pp. 359-360 —, quien identifica asimismo — pp. 19 y 36 — el arrabal de Venahoar o Ben-Ahoar con el que en su tiempo se llamaba de San Bernardo.

³ *Crónica de don Alvaro de Luna*, condestable de los reynos de Castilla y de León... La publica con varios apéndices don Josef Miguel de Flores, segunda impresión (Madrid 1784), p. 399.

⁴ Morgado, *Historia de Sevilla*, pp. 129 y 331. La primera edición de esta obra es, como se dijo, de 1587.

⁵ *Viajes por España...*, por don Antonio María Fabié, p. 271.

de los dos siglos siguientes, y aún figura, más allá de la fundición de Artillería, en el plano de Sevilla de Alvarez-Benavides, editado en 1870¹.

El cambio de nombre por dos veces de la huerta de la Bu-hayra y la desaparición de los alcázares, ha desorientado a los investigadores de la Sevilla musulmana. Desaparecida la cerca, oculto el Tagarete bajo el suelo sevillano, poblados estos lugares de calles y casas modernas, es difícil imaginar su antigua topografía, de la que puede dar idea una lámina de la obra *Civitates Orbis Terrarum*, editada en la segunda mitad del siglo XVI, que reproduce una vista de Sevilla desde el suroeste: sobre un grupo de árboles situados en un otero, pasado el Tagarete y más allá del Matadero y del barrio de San Bernardo, cerca de los arcos del acueducto de los Caños de Carmona, hay un letrero que dice «Guerta del Rei»². — T. B.

¹ *Plano de Sevilla*, por don Manuel Alvarez-Benavides y López (escala, 1 : 6.500). *Explicación del plano de Sevilla*, por el autor del referido plano don Manuel Alvarez-Benavides y López, t. II (Sevilla 1870).

² Georgius Bruin y Franciscus Hogenbergius, *Civitates Orbis Terrarum* (Colonia 1587).